



HOMILÍA DEL OBISPO FERNANDO VALERA

PENTECOSTÉS

Qué alegría celebrar hoy, en el corazón de nuestra Iglesia diocesana de Zamora, esta solemnidad de Pentecostés. Las lecturas de este día nos sitúan en el Cenáculo. Las puertas están cerradas por el miedo, un miedo que tantas veces se parece a nuestros propios miedos: al futuro, a la debilidad de nuestras fuerzas, a la soledad. Y, sin embargo, acontece el milagro: «*Se llenaron todos de Espíritu Santo*» (Hch 2, 4).

Aquella promesa que Jesús hizo a los suyos en la intimidad de la Última Cena, cuando les aseguró que no los dejaría huérfanos y que les enviaría el don del Padre, se cumple hoy con poder. Y quiero deciros algo que brota del corazón: Pentecostés no es un recuerdo del pasado. No es una página marchita de la historia. El Espíritu es Señor y dador de Vida se sigue derramando sobre vosotros hoy, sobre vuestras familias, sobre vuestras vidas. Cristo glorificado sigue cumpliendo su palabra.

El Espíritu Santo es el Maestro interior. Nos guía por el camino a través de los recovecos y situaciones cotidianas de la vida. Sabéis bien que, en los primeros tiempos, a los cristianos no se les conocía por un nombre teórico, sino que se decía que pertenecían al «Camino». Y el Camino es una Persona: es Jesús.

El Espíritu nos enseña a caminar siguiendo sus huellas. Es un maestro de vida. Nos enseña el arte de vivir como sus discípulos, armonizando nuestro vivir con el latido de su corazón.

Nos dice el Evangelio que el Espíritu nos recordará todo lo que Jesús ha dicho. Es la memoria viviente de la Iglesia. El Espíritu nos hace recordar el mandamiento nuevo: el amor. Y nos lleva a interpretar los acontecimientos de la vida a la luz de Jesús.

En el Cenáculo, junto a los Apóstoles, estaba María, nuestra Madre. Ella es la Mujer de la memoria, la que custodiaba y meditaba todas las cosas en su corazón desde el principio. Le pedimos a Ella que nos enseñe a hacer de nuestra vida una memoria viva del amor de Dios.

Espíritu Santo nos hace hablar con Dios en la oración. Nos permite balbucir con confianza: *¡Abba, Padre! ¡Papá!* No es un formalismo; es la certeza mística de que somos verdaderamente sus hijos. Nos hace hablar con los hombres en el diálogo fraterno. Nos capacita para mirar al otro —al vecino, al anciano que está solo, al inmigrante, al que piensa distinto— y reconocer en él a un hermano. Nos enseña a hablar con ternura, con mansedumbre, compartiendo las alegrías y las tristezas de nuestro pueblo.

Pentecostés es el bautismo de la Iglesia. Una Iglesia que no nace para quedarse recluida y autorreferencial en la seguridad del Cenáculo. Nace con las sandalias puestas para anunciar a todos la Buena Noticia. Es la Madre Iglesia que sale a servir, a imagen de María que se puso en camino de prisa para servir a su prima Isabel.

Jesús fue muy claro con los discípulos: no os alejéis, esperad la fuerza de lo alto. Porque sin el Espíritu Santo no hay misión, no hay evangelización posible. Seríamos solo una ONG o una estructura vacía. Con Él, somos el Cuerpo vivo de Cristo.

Dejémonos inundar por este viento recio y suave. Que limpie nuestros cansancios, que encienda nuestro fuego y nos ponga en camino. Con toda la Iglesia, y de la mano de nuestra Madre, clamemos desde lo profundo de nuestro ser:

¡Ven, Espíritu Santo! Amén.